

## José Luis Villacañas

Autor del libro *Imperiofilia y el populismo nacional-católico* (2019), que cuenta con cinco ediciones y ha recibido diversos premios en distinciones.

Doctor en filosofía por la Universidad de Valencia, con una tesis sobre Kant. Su campo de estudios es el pensamiento político y la historia intelectual europea y española.

José Luis Villacañas Berlanga es director de la Biblioteca Digital Saavedra Fajardo de Pensamiento Político Hispano. Además, dirige la revista científica *Res Pública. Revista de historia de las ideas políticas*, así como de la revista *Anales de Historia de la Filosofía*.

Director del departamento de Filosofía y Sociedad de la UCM.



# LO HISPANO

## y Estados Unidos

José Luis Villacañas Berlanga

**L**a inseguridad de los grupos es, desde antiguo, el motor de toda identidad. Esta especie de ley ha sido estudiada por aquellos que, como Hans Blumenberg, han entendido las funciones de la racionalidad como elementos indispensables de los procesos evolutivos de la humanidad. Así que cuando se exacerban las funciones de identidad debemos mirar sobre todo a los índices que nos sugieren problemas de seguridad. Creo que este principio teórico es relevante para entender lo que está comenzando a pasar en el mundo. La inseguridad, lejos de ser una pauta arcaica de conducta que hayamos dejado en el pasado, es más bien el motor de toda evolución y el soporte mismo de la historia. La inseguridad nos impulsa hacia el futuro, y nos alienta a imaginar un estado aceptable. Pues bien, la respuesta a la inseguridad en el ser humano fue la prevención. La aspiración es la ganancia de tiempo, el control del futuro. Cualquier desarrollo de esa capacidad exige la producción de vínculos sociales de fidelidad y confianza en los grupos humanos. La verificación de esa fidelidad reclama el establecimiento de rasgos de identidad.

Estados Unidos, que ha sido la potencia hegemónica mundial desde el final de la Guerra fría, y que ha desplegado sus valores fundamentales por

todo el planeta, ha entrado en una fase de inseguridad geoestratégica. La anterior fase hegemónica se sostuvo sobre la legitimidad de los derechos humanos, la normatividad de la democracia, el principio de la libertad política y económica y el destino convergente de capitalismo y democracia. Por supuesto que esta época hegemónica tuvo sus detractores, pero no tuvo rivales persuasivos capaces de ofrecer imágenes atractivas de futuro. Por eso venció en la confrontación con las potencias comunistas no en el frente de batalla sino con la expansión de la riqueza económica, la fidelidad al sistema democrático y la capacidad de mantener aliados decisivos, como la Iglesia Católica, o los viejos enemigos Alemania y Japón.

Mientras que estas estructuras de legitimidad no tuvieron rival, y connotaron la vida planetaria, Estados Unidos se entregó confiado a su modelo social impulsando una globalización sin precedentes de la humanidad. Una serie de instituciones de gobernanza mundial se encargaban de regular esos procesos mundiales, posibilitando que los poderes públicos estadounidenses contuvieran una intervención coactiva directa, reforzando sus estructuras indirectas y de prestigio, y concediendo a los aliados y amigos papel directivo. De la misma

---

## *¿Cómo juega el problema de la identidad en este escenario? Una situación de inseguridad presiona a favor de fomentar la homogeneidad nacional como condición de fiabilidad y garantía de vinculación a los intereses fundamentales de la nación*

---

naturaleza era la OTAN, en la que un déficit estructural de los aliados se compensaba con una fidelidad clara a la dirigencia americana. En fin, el proceso completo daba garantías de seguridad y por eso Estados Unidos apareció como el cristalizado del mundo, la gran nación abierta que podía albergar e integrar el mosaico completo de las razas y los pueblos.

Esta situación ya ha cambiado. Viene haciéndolo desde hace tiempo, desde luego, en un proceso cada vez más evidente de estancamiento de sus posiciones globales. Estados Unidos no ha logrado estabilizar el desplazamiento de su influencia hacia el ombligo del mundo, ese triángulo de Kabul, Teherán y Bagdad, generando una inseguridad existencial en su aliado decisivo en Oriente Próximo, Israel. Con ello, su conexión con Corea del Sur, Filipinas y Japón queda debilitada, al no disponer de las posiciones adecuadas en Oriente Medio. Por otra parte, desde hace tiempo, la hegemonía basada en la promoción de los derechos humanos, democracia y libertad económica ha tocado techo, tras la declaración china de no vinculación a la doctrina estándar de derechos humanos y el triunfo de un capitalismo sin democracia.

Durante un tiempo, el proceso se mantuvo sin decidir. Sin embargo, parece llegada la época de las decisiones, ante el estancamiento. Una circunstancia ha acelerado el cambio. Han irrumpido procesos que han alterado el tiempo lento. El más importante de ellos es que el proceso económico de globalización afecta a cuestiones de seguridad. Este es el hecho más relevante.

Sin embargo, la globalización que afecta a cuestiones de seguridad coincide con la formación de poblaciones precarias que desconfían de su dirección política. Es un coctel demasiado peligroso. Este hecho multiplica la vivencia de inseguridad, pues además del miedo a no ser la primera potencia económica se añade no manejar los dispositivos de comunicación, tan necesarios para diseñar la estrategia y las operaciones militares.

¿Cómo juega el problema de la identidad en este escenario? Una situación de inseguridad presiona a favor de fomentar la homogeneidad nacional como condición de fiabilidad y garantía de vinculación a los intereses fundamentales de la nación. Esto se ve ahora en Estados Unidos. Mientras hubo una atmósfera de seguridad, Estados Unidos se atuvo a su capacidad de integración de poblaciones. En la presente situación se pone en cuestión esa potencia integradora sobre todo a la hora de lograr la integración de una minoría tan numerosa como la hispana. Este reto presenta cuestiones diferenciadas respecto a los anteriores procesos de integración.

Primero por el propio número de esa minoría. Segundo por su alta natalidad. Tercero por su potencial, algo que interesa a las estrategias preventivas. Las masas de emigrantes que hasta ahora integró Estados Unidos procedían de países lejanos. Con la minoría hispana no es así. Es el mismo continente el que ofrece la plataforma de emigración que presenta continuidad y masificación. Pero no solo eso. La emigración hispana procede de países que durante mucho tiempo sufrieron la política estadounidense y que en momentos de su historia se dotaron de una cultura que vio en el yanqui el aliado de sus elites opresivas. Además, algunos de esos países disponen de ideologías antiamericanas explícitas, que pueden esperar transferir a los nacionales desplazados. Finalmente, una gran parte de los Estados Unidos tiene raíces hispanas, fueron territorios pertenecientes a México o a la monarquía hispánica, y muchos de esos emigrantes no ven esas tierras como ajenas. Esto no sucedía con la emigración alemana, irlandesa o polaca. Por tanto, la hispana es una minoría especial. No solo puede presentarse como legítimamente americana, sino que puede reclamar la dimensión hispana de los Estados Unidos y no aceptar un proceso de integración, sino de autoafirmación. Se puede pensar que la integración de esta minoría no puede hacerse sin alterar la autopercepción previa de los propios Estados Unidos.

En esta situación, algunas capas de población blanca, afroamericana o indígena estadounidense pueden imaginar un horizonte que disminuye su posición. Se puede añadir un elemento adicional. La América hispana no es solamente un continente dispuesto a mandar poblaciones hacia el norte. Estados como México, Argentina, Colombia, Venezuela tienen suficiente



Felipe Fernández-Armesto en una charla en el Observatorio de la lengua y la cultura hispánicas en los Estados Unidos, en la Universidad de Harvard.

tradición cultural como para dotarse de formas propias de representación intelectual. Aunque no hay una cultura hispana homogénea, hay tradiciones desde José Martín a Octavio Paz o Borges que han realizado intentos exitosos de dotar al mundo hispano de autopercepción. Intentos como el de una cultura chicana están lejos de ser olvidados. Sea lo que sea la cultura hispana, forma parte de la literatura mundial. Las relaciones sur-sur por lo demás ofrecen un alineamiento no precisamente favorable a una integración acrítica en la cultura norteamericana. Así, no se puede ocultar que exista recelo o prevención contra un aumento descontrolado de la población hispana en EE. UU.

Un ejemplo de esta capacidad de reelaborar el propio pasado se puede ver en el libro de Fernández-Armesto, *Our America. A Hispanic History of the United States*, que ha recibido críticas positivas en diversas instancias. La propuesta de autoafirmación del mundo hispano como elemento central de los Estados Unidos, que reclama su prestigio, su reconocimiento y su respeto, resulta pertinente. Todos sabemos que, tras esto, se hará inevitable

la reclamación de derechos y poder. El epílogo del libro de Fernández-Armesto es una crítica de la posición de Max Weber sobre la genealogía protestante del capitalismo. Por supuesto, el libro del catedrático de la University of Notre Dame, un gran centro católico de investigación, es un epítome de la propuesta del mundo católico, desde Ramiro de Maeztu<sup>1</sup> a Amerigo Fanfani<sup>2</sup>, sobre la igual legitimidad de un capitalismo católico.

Este hecho deja de ser una nimiedad cuando un país como México tiene un tratado de libre comercio con Estados Unidos, la puerta del capitalismo hispano para entrar en EE. UU. En su periplo para presentar su libro, Fernández-Armesto confesó en una entrevista a *El País* que Estados Unidos era un país latinoamericano. Que la edición española del libro esté financiada por la fundación Rafael del Pino nos muestra que hay interés de empresas españolas en intensificar esta imagen. En suma, la cuestión es que cabe suponer que la aculturación de los hispanos en Estados Unidos no va a ser tan fácil como con otras minorías.

<sup>1</sup> Cf. Villacañas, J. L. *Ramiro de Maeztu y el ideal de la burguesía española*. Madrid: Espasa Calpe, 2000.

<sup>2</sup> Fanfani, A. *Catolicismo y protestantismo en la génesis del capitalismo*. Madrid: Rialp, 1953.



Asistentes al *Columbus Day* de 2019, junto a las tres carabelas de Colón y su estatua.

Estos detalles pueden ser preocupantes si el país receptor de emigración vive un momento de inseguridad sobre su futuro y su destino mundial. No se trata solo de que el proceso de integración cultural sea más difícil. Es que los actores hispanos en Estados Unidos, apoyados por fuerzas de los países de origen, pueden intentar que elementos de la cultura hispana perduren. Hay que pensar que el catolicismo podrá ofrecer un sentido de integración comunitaria a muchos millones de hispanos. En este momento en que la Iglesia católica está determinada por América Latina, como se ha visto con la elección del Papa Francisco, el elemento católico puede ser un movilizador político de primera magnitud. El mundo católico devolvería la penetración de las sectas evangélicas norteamericanas en América del Sur. Quizá esa sea una cuestión central, cuando la Iglesia católica de inspiración irlandesa padece una profunda crisis en Estados Unidos.

Puede que todo esto anime la actitud de Trump y de su electorado, con la exigencia de levantar un muro imposible. Miles de caminos ancestrales vinculan tierras que durante milenios fueron un continuo. Esto lo saben los gobernantes norteamericanos, que con esas operaciones tratan de controlar el tiempo de incorporación de masas de emigrantes. Sin embargo, conviene distinguir las cosas. Este fenómeno no tiene en mi opinión una relación directa con el problema del revisionismo histórico. En este sentido,

el libro de Fernández-Armesto no reacciona a esta revisión del pasado de la conquista y la colonización europea de América. Es un libro que intenta mostrar aspectos reales de la historia de Estados Unidos y lo hace en inglés para ofrecer al público una corrección en el conocimiento de su propia historia. Por supuesto que una de las funciones del libro es orientar a una mejor comprensión del fenómeno hispano como elemento arraigado en “nuestra” América. Esto no puede sino tener efectos positivos sobre políticas de reconocimiento y respeto de la minoría hispana y facilitará su integración en los Estados Unidos. Aunque tiene aspectos que no comparto, como la crítica a Weber, su aspiración central es limitar el sentido de superioridad de la cultura anglosajona sobre la hispana. Esto no implica revisionismo, sino desocultamiento de una historia postergada. La perspectiva es intra-norteamericana, destinada a cohesionar el país y alejar las miradas conservadoras como la de Samuel Huntington (2004; 2009)<sup>3</sup>.

La cuestión del revisionismo histórico implica la resignificación de los puntos de contacto de las realidades americanas con las europeas con la finalidad de reevaluar negativamente el proceso de colonización de América. Así, la eliminación de la festividad del *Columbus Day* en el segundo lunes de octubre, en analogía con la celebración del descubrimiento de América en España. Esto apenas

<sup>3</sup> Huntington es autor de la tesis del conflicto de civilizaciones que no solo afectará al mundo, sino a los propios EE. UU., llegando a contemplar una posible secesión de sudoeste norteamericano bajo el nombre de MexAmérica.

tiene nada que ver con el problema hispano y con su minoría. El Día de Colón fue una festividad promovida por los italo-norteamericanos y destacaba el papel de esta comunidad en la construcción del país<sup>4</sup>. Para ellos, Colón representaba a todos los europeos emigrantes posteriores que marcharon a la búsqueda de una tierra prometida. Esto tenía que ver con la dimensión latina de Norteamérica, no con la celebración de la Hispanidad, como dicen los reclamos turísticos. Que ese día pudiera resignificarse por la minoría hispana y así elevarse a fiesta nacional una *celebración latina* es bastante improbable.

Aquí no conviene ser paranoide. La eliminación del *Columbus Day* constituye una vieja reivindicación de los pueblos indígenas. Comenzó en Dakota del Sur, en 1989, y logró que el estado cambiase el sentido de la festividad como Día de los Pueblos Indígenas. La campaña desde el principio fue impulsada por líderes de los pueblos indígenas hasta llegar a la ciudad de Los Ángeles en 2017 y Nueva York en 2019 (Fadel)<sup>5</sup>. Por supuesto, otros líderes de comunidades afroamericanas han sentido la necesidad de indisponerse con los símbolos de los padres fundadores blancos que estuvieron implicados en la esclavización de sus ancestros. Este hecho sugiere que estamos ante una política que pone condiciones a los imaginarios comunes norteamericanos y permite solo los que no implican ofensas a minorías. Por lo que concierne a la historia española, las comunidades indígenas reclaman que Colón no sea motivo de festividad oficial (Fadel).

Esta anulación de la memoria de Colón o de otras realidades españolas en América tiene poco que ver con el problema hispano. Aquí la palabra ‘hispano’ muestra su profunda equívocidad. La inmensa mayoría de los hispanos que llegan a Estados Unidos son indígenas o mestizos y no se comprende muy bien qué interés podrían tener en celebrar a Colón. Lo más probable es que se asocien con los pueblos originarios de América del Norte en la denuncia de Colón como el origen de su posición dominada, de la destrucción de su cultura originaria y del padecimiento de un régimen de castas racista y humillante desde siglos. Las poblaciones hispanas asentadas en Estados Unidos no tienen nada que ver con Europa ni con su pasado español. Es un calificativo racial, cultural, religioso y lingüístico puesto por los otros. Permite al ciudadano estadounidense olvidar que alguien sea mexicano, salvadoreño o venezolano, algo que desde luego no olvidan los afectados, como se ha visto con

---

## *Las poblaciones hispanas asentadas en Estados Unidos no tienen nada que ver con Europa ni con su pasado español. Es un calificativo racial, cultural, religioso y lingüístico puesto por los otros*

---

los cubanos, que servirán de modelo. Por supuesto, en el origen del calificativo está su idioma, el español, pero el imaginario norteamericano no identifica hispano con europeo ni con español. Los hispanos tampoco lo hacen. Así que responder al peligro de la emigración hispana no implica el programa de un revisionismo histórico de la colonización española. A esas masas indígenas suramericanas les basta con ignorar esa historia, como han hecho hasta ahora. Son dos fenómenos que no están vinculados. Si determinada opinión pública lo ve así en España, es por ignorancia o para alentar representaciones de consumo interno (Camacho)<sup>6</sup>.

Tampoco veo que estas poblaciones emigrantes guarden un afecto intenso a sus países de origen. Todo lo que sabemos es que colaboran a las buenas relaciones entre

---

<sup>4</sup> El día de Colón se forjó en 1892, un año después de que se produjera el linchamiento de 11 italianos en un motín de Nueva Orleans. Compensó la discriminación que padecía la comunidad italiana. Desde 1934 se hizo fiesta nacional, cuando algunos líderes nacionales prominentes pertenecían a esa comunidad.

<sup>5</sup> El movimiento tuvo momentos importantes en Seattle, y en Louisiana, donde la reivindicación la impulsó el líder de United Houma Nation, Baley Champagne. En la actualidad al menos diez estados y más de cien ciudades celebran alguna forma de reconocimiento de los pueblos indígenas en el segundo lunes del mes de octubre. El movimiento tiene aliados académicos, como el American Indian Studies Center de la UCLA, dirigido por Shannon Speed, de la Chickasaw Nation.

<sup>6</sup> En su artículo, Camacho hace referencia a la transformación del día de Colón en día de los Pueblos Indígenas promovido por la ciudad de Los Ángeles.



Un operario de Central Park retira la pintura roja de un acto vandálico sobre la estatua de Cristóbal Colón en septiembre de 2017.

el país de origen y Estados Unidos<sup>7</sup>. Tampoco veo que sean un gran peligro para el estatus quo norteamericano. Las poblaciones hispanas quizá construyan comunidades, pero es difícil que logren el grado de organización de la comunidad afroamericana. La experiencia de la esclavitud afroamericana es comunitaria y configuró iglesias locales para resistirla. Esas iglesias hoy siguen ordenando la vida de los herederos de aquellas poblaciones esclavas. Nada parecido presenta la población hispana, que tiene a sus espaldas un proceso de emigración altamente individualizado y capilarizado. En este sentido, será muy difícil que configure una comunidad fuerte y unida (Painter y Qain). Serán tomados en cuenta como electorado, pero su capacidad de imponer temas de agenda es muy baja. Las procedencias nacionales se impondrán, en todo caso. Por lo demás, el muro y todo lo que significa es una invitación a que los hispanos ya integrados refuercen su identidad estadounidense e ignoren la solidaridad con los que intentan ahora pasar la frontera. Esta invitación está íntimamente conectada con el hecho de que los hispanos lleven tiempo integrándose como votantes del caucus republicano. De hecho, los primeros líderes hispanos que merecen este nombre se organizaron alrededor del presidente Nixon ya en los años 70. En este sentido, podemos decir que los hispanos serán reconocidos como tales justo cuando se americanicen, adopten las formas típicas de otras minorías y se integren en el aparato político

norteamericano. Así que serán reconocidos como hispanos justo cuando realmente dejen de serlo. Esto se ve respecto a la lengua y a la religión. Como muestra el Real Instituto Elcano en su informe, la inmensa mayoría adopta el inglés y una parte se convierte en protestante. ¿Qué actitud es razonable por parte de los españoles en este asunto? No creo que estemos obligados a defender los puntos de vista neocriollos, inclinados a sentir orgullo nacional. Aquellos compatriotas que se ven obligados a marchar hacia el norte no serán más fieles a las elites de sus países de procedencia y a sus símbolos fundamentales con preferencia a los del país de acogida. Ese orgullo nacional no es seguro que sea compartido por poblaciones a las que han mantenido discriminadas y humilladas. Quizá compartan algunos símbolos, sobre todo religiosos, pero no mantendrán vínculos afectivos más allá del entorno familiar. Los vínculos fundamentales serán los que se forjen en los entornos sociales de la propia emigración. Por lo demás, esas elites criollas se han entregado de forma no siempre honorable a una veneración de las realidades norteamericanas, imitando sus prácticas, costumbres y parámetros de vida, por lo que señalan el camino a sus ciudadanos subalternos sobre la meta a alcanzar.

Así que lo más seguro es que todos los hispanos que crucen la frontera aspiren a ser plenamente norteamericanos y producirán sus símbolos y criterios

<sup>3</sup> Cf. El informe del Real Instituto Elcano sobre el asunto de Susanne Gratius, “El factor hispano. Los efectos de la inmigración latinoamericana a EE. UU. y España”; Área América Latina, DT nº 49/2005, noviembre de 2005.

de pertenencia y organización. Controlar, dominar, tecnicificar los sentimientos de identidad es muy complicado, sobre todo cuando hay una realidad tan fuerte como Estados Unidos. Cuanto más presione ahora con amenazas, descalificaciones y desprecios, más coaccionará a todas estas poblaciones hispanas a una integración plena, con la intensidad propia de los que han experimentado un cambio drástico existencial.

España haría bien en no sentirse concernida con estos procesos. Ella no está concernida salvo en desear lo mejor para aquellas poblaciones desdichadas. Los vínculos históricos no pueden aludirse para obtener privilegio o beneficio. Por supuesto, España tiene un compromiso con la verdad de lo que fue su sistema colonial, pero eso es una obligación moral de mirar de frente a su pasado. Nuestro pasado imperial solo tiene un efecto sobre el presente, el compromiso de España de conocerse a sí misma y su obra con objetividad. Las elites criollas, que se beneficiaron de un sistema colonial injusto, y que mantuvieron su injusticia con ayuda de las metrópolis occidentales que heredaron la influencia española, y siempre en alianza con las grandes corporaciones católicas, no creo que deban mantener esperanza de que el reconocimiento de eso que a veces llaman la madre patria les ayudará a mantener sus regímenes injustos de poder. Por lo demás, saben que nunca darán el paso decisivo a lo único que podría ayudar a sus pueblos, organizar un gran espacio latinoamericano capaz de ofrecer riqueza y justicia a sus pueblos. Por eso, España tiene el deber moral de ayudar a esas masas ingentes de pobres y desfavorecidos, y no de fortalecer el imaginario hegemónico de las elites criollas, aunque resulten obsequiosas en su valoración del pasado español.

¿Pero entonces, no significa nada el hablar el mismo idioma, leer los mismos clásicos, compartir los mismos modelos literarios? Por supuesto que significa, y mucho. Pero creo que expresarse en el mismo idioma tiene relevancia para configurar una comunidad de búsqueda de la verdad y, ante todo, la verdad de nuestra propia historia común. Para esta tarea en nada nos afecta que desaparezca la estatua de Colón o que el Día de Colón deje de ser una fiesta nacional de un país soberano. Esa verdad acerca de la historia que un día compartimos concierne también a los pueblos originarios que padecieron bajo el poder español. Por supuesto, tendremos que estar en condiciones de escuchar momentos difíciles y tensos, que pondrán a prueba nuestra capacidad de escuchar, pues no podemos ni soñar que en esa búsqueda de la verdad se pueda prescindir de experiencias dolorosas que todavía afectan a seres humanos vivientes. Sabemos que la búsqueda de la verdad exige completa igualdad. En la medida en que esa conversación produzca frutos que dignifiquen nuestro idioma, estaremos en condiciones de contribuir al autoconocimiento de las poblaciones del ámbito latinoamericano. Sobre aquellas personas que un injusto régimen colonial continuado, iniciado por España y mantenido por elites criollas, ha

forzado a buscar su destino lejos de su hogar y de su tierra, no deberíamos pensar que tenemos derecho alguno a reclamar afecto y gratitud. Haríamos mejor si facilitamos su integración plena en un país que, a pesar de sus obstáculos, permita dignificar su existencia.

La historia pasada no da derecho a nada. Solo impone el deber de la verdad. Cuando alguien tumbó la estatua de Colón en el Central Park de Nueva York, el presidente de la National Italian American Foundation, John M. Viola escribió en el *New York Times* que “tearing down the history does not change that history”. Desde luego, tenía razón, como también la tenía al recordar que los pueblos deberían usar todos los recursos de la cultura para erradicar el racismo en lugar de incitarlo. En este sentido, resignificar los símbolos debería orientarse por la voluntad de promover los valores más inclusivos y no más excluyentes. Nadie debería estar en contra de estas premisas. Pero quizá para ello, los europeos no deberíamos elevar a representativos para otros colectivos a personajes ambivalentes, por gloriosos que sean para nosotros. En este sentido, reconocer los beneficios producidos por la comunidad italiana quizá no implique celebrar a Colón. De la misma manera, reconocer la parte de historia española de los Estados Unidos o su ineludible condición hispana solo puede apoyar un trato justo y de equidad a los hispanos en el presente. La historia suele ser más rica en imponer deberes que en repartir beneficios. Y esa debería ser la mirada de quien asume con objetividad un pasado imperial por lo menos problemático y ambivalente.

## Referencias

- Camacho, I. “Rodilla herida”. *ABC*, 5 de septiembre 2017.
- Fadel, L. “Columbus Day or Indigenous Peoples’ Day?” *npr.org*, 14 de octubre 2019.
- Fernández-Armesto, F. *Our America. A Hispanic History of the United States*. Nueva York: W. W. Norton & Company, 2014.
- . “EE. UU., un país latinoamericano”. *El País*, 30 de noviembre 2014.
- Huntington, S. *Who are we? The Challenges to America’s National Identity*. Nueva York: Simon & Schuster, 2004.
- . “The Hispanic Challenge”. *Foreign Policy*, 28 de octubre 2009.
- Painter, M. y Z. Qian. “Wealth Inequality among New Immigrant”. *Sociological Perspectives*, 2015.